

que ya empezaba á ser acariciada por los plateados reflejos del sol.

Cesáreo miraba por la ventana sin pensar en nada. Era feliz.

La puerta se abrió y entraron dos aldeados en traje dominguero, la tía y la prima del novio; después tres hombres, amigos suyos, y luego una vecina. Se sentaron y permanecieron inmóviles y silenciosos, las mujeres en un lado de la cocina y los hombres en otro embargados, tímidos, con esa tristeza que suelen denotar las gentes reunidas para una ceremonia.

—¿No es todavía la hora?—preguntó á poco uno de los primos.

—Yo creo que sí—respondió Cesáreo.

—Pues entonces, en marcha—respondió otro.

Y se levantaron todos. Entonces Cesáreo, asaltado por extraña inquietud, subió la escala del granero para ver si su padre estaba listo. El viejo, madrugador de ordinario, aun no había comparecido, y su hijo lo encontró sobre el jergón arrebujado en un coberter, con los ojos abiertos y con gesto malicioso.

—Vamos padre, levántese usted—le gritó al oído.
—Ya ha llegado la hora.

—No puedo—murmuró el sordo con quejumbrosa voz.—He cogido un enfriamiento que no puedo enderezarme.

El joven, aterrado, le miraba, adivinando su astucia.

—Vamos, padre mío, haga usted un esfuerzo.

—No puedo.

—Mire, yo voy á ayudarle.

Y esto diciendo, se inclinó sobre el viejo, lo destapó y tomándolo por debajo de los brazos, intentó levantarlo; pero el tío Amable empezó á quejarse.

—¡Ay! ¡ay! ¡ay! ¡Qué peall! ¡Uy! ¡uy! no puedo. Tengo la espalda muerta. Habrá sido un viento que se cuele por este maldito tejado.

Cesáreo comprendió que no lograría nada, y furioso contra su padre, por la primera vez en su vida le gritó:

—Está bien; se quedará usted sin comer; hacemos la comida en la posada de Polite, y usted no la catará. Así aprenderá usted á no ser testarudo.

Y bajando la escalera, se puso en marcha, seguido de sus parientes y convidados.

Los hombres se habían remangado los pantalones para no mojarlos con la nieve y las mujeres llevaban recogidas sus faldas, enseñando los delgados tobillos, las medias de lana gris y las huesudas canillas, lisas como mangos de escoba. Y todos iban balanceándose sobre las piernas, los unos tras de los otros, sin hablar, muy despacio, por prudencia, para no perder el camino perdido bajo la sábana uniforme de la nieve.

Al aproximarse á unas cabañas, vieron que una ó dos personas les esperaban para unirse á ellos y la procesión, que crecía sin cesar y serpenteaba siguiendo los invisibles rodeos del camino, parecía un rosario animado de cuentas negras, ondulando por la blanca campiña.

Delante de la puerta de la desposada, un numero-

so grupo patinaba en la plaza esperando al novio, el cual fué aclamado al aparecer, siendo esta la señal para que Celeste saliese de su cuarto, vestida con su traje azul, con su pequeño chal encarnado sobre los hombros y la cabeza adornada con la flor de azahar.

—¿Dónde está tu padre?—le preguntaban todos á Cesáreo.

—No puede moverse de dolores—respondió el joven con turbación.

Y los cortijeros todos meneaban la cabeza con aire de incredulidad y malicia.

Se pusieron en marcha hacia la rectoría. Detrás de los futuros esposos, una aldeana llevaba al hijo de Víctor, como si se tratara de un bautizo y los aldeanos, cogidos del brazo y de dos en dos, marchaban sobre la nieve con movimientos de chalupas sobre el mar.

Después que el alcalde hubo unido á los desposados, en la casa Ayuntamiento, el cura los unió á su vez en la humilde casa de Dios, bendijo su enlace prometiéndoles la fecundidad y les predicó las virtudes matrimoniales, las sencillas y santas virtudes de los campos; el trabajo, la concordia y la fidelidad mientras que el niño, aterido de frio, lloriqueaba detrás de la desposada.

Cuando la pareja reapareció en el umbral de la puerta de la iglesia, sonaron unos tiros en el barranco del cementerio. No se veía más que el extremo de los cañones de donde salían rápidas bocanadas de humo; después se presentó una cabeza para contem-

plar el cortejo; era Víctor Lecoq celebrando el matrimonio de su buena amiga, festejando su dicha y expresándoles sus votos con las detonaciones de la pólvora. El pobre había comprometido á unos amigos, cinco ó seis criados como él, para poder disparar aquellas salvas. Todo el mundo juzgó que se portaba bien.

La comida se celebró en la posada de Polite Cacheprune y se habían puesto veinte cubiertos en la gran sala en que se comía los días de feria. El enorme asado, dando vueltas en el asador, las aves y los demás preparativos de comida, llenaban la casa de un perfume pesado, del humo de los carbones llenos de grasa, del olor ordinario de las comidas campesinas.

Se sentaron á la mesa á las doce, é inmediatamente se sirvió la sopa. Las caras se animaban ya; las bocas se abrían para bromear y los ojos reflejaban alegría. ¡Caramba! ¡iban á divertirse!

De pronto se abrió la puerta y se presentó el tío Amable con cara de enfermo mal humorado, apoyándose en dos palos y quejándose á cada paso para indicar su dolencia.

Al verle aparecer, todo el mundo guardó silencio; pero de pronto, el tío Malivoire, su vecino, un bromista que conocía bien las artimañas de las gentes, empezó á gritarle al oído formando tornavoz con las manos, como hacía Cesáreo.

—¡Eh! ¡petate! narices se necesitan para haber oído desde tu casa la cocina de Polite.

Una gran carcajada salió de todas las bocas. Animado por el éxito, Malivoire agregó:

—Para los dolores no hay nada como una cataplasma de chorizos, la cual, en unión de un vaso de vino, mantiene el calor en la andorga.

Los hombres gritaban, golpeaban la mesa y se reían inclinando y levantando el cuerpo como si sacasen agua con una bomba.

Las mujeres cacareaban como gallinas y los criados de pie junto á las paredes, se retorcian de risa. El tío Amable era el único que no se reía y esperaba, sin responder nada, á que le hiciesen sitio.

Le colocaron en el centro de la mesa, enfrente de su nuera, y tan pronto como estuvo sentado, empezó á comer. Después de todo, siendo su hijo el que pagaba, bien podía tomar su parte. A cada cucharada de sopa que le caía en el estómago, á cada bocado de pan ó de carne mascado por sus ençias, á cada vaso de sidra ó de vino que se deslizaba por su garganta, creía recuperar algo de lo suyo, algo del dinero que se comían todos aquellos hambrones; creía, en fin, salvar una parte de su haber. Y comía en silencio con la obstinación del avaro que oculta el dinero, con la sombría tenacidad que solía emplear en otro tiempo en sus perseverantes labores.

Pero de pronto vió en el extremo de la mesa al hijo de Celeste sentado en las rodillas de una mujer; sus ojos ya no se separaron de él un instante. Seguía comiendo con la mirada fija en el pequeño á quien su guardiana metía á veces en la boca un poco de asado. Y el viejo sufría más por los pocos bocados dados á aquel escuerzo, que por todo lo que los demás tragaban.

La comida duró hasta la noche, hora en que cada cual se fué á su casa.

—Vamos, padre, hay que volver á casa—dijo Cesáreo ayudando á levantar á su padre y poniéndole los dos palos en las manos.

Celeste tomó á su hijo en brazos y echaron todos á andar lentamente en medio de la pálida noche aclarada por la nieve. El viejo sordo, calamocano y más mal intencionado en medio de su embriaguez, se obstinaba en no caminar; y varias veces se sentó con la idea de que su nuera pudiera coger frío, y al mismo tiempo que se sentaba, se quejaba sin pronunciar palabra, exhalando una especie de doloroso y prolongado gemido.

Cuando hubieron llegado á la casa, el viejo subió á su granero, mientras que Cesáreo preparaba una cama para el niño al lado del profundo nicho en que iba á acostarse con su mujer. Como los recién casados no se durmieron en seguida, pudieron oír durante mucho tiempo al anciano que se movía en su jergón y que hablaba en voz alta, ya soñando, ó ya manifestando sus pensamientos á pesar suyo, sin poderlo remediar, movido por la obsesión de una idea fija.

Al día siguiente, cuando bajaba la escalera, su nuera, que estaba guisando, le gritó:

—Vamos, padre, dese usted prisa que ya está la sopa.

Y esto diciendo puso en el extremo de la mesa la redonda cazuela de barro llena de humeante líquido. El viejo se sentó sin responder nada, tomó la cazue-

la, se calentó con ella las manos, según su costumbre, y, como hacía mucho frío, se la acercó al pecho como si procurara meter en su cuerpo, decrépito y aterido por el frío, un poco del animado calor del agua hirviendo.

Después buscó sus palos y se fué al campo hasta el mediodía, hasta la hora de comer, pues había visto instalado en una gran artesa al pequeño de Celeste, que seguía durmiendo.

El anciano no pudo nunca conformarse con esto. Vivía en la cabaña como antes, pero parecía no estar ya en ella, no interesarse por nada, y miraba á aquellas gentes, á su hijo, á su mujer y al niño, como extraños á quienes no conocía y con quienes no hablaba nunca.

Transcurrió el invierno, que fué largo y crudo, y al llegar la primavera, los aldeanos, como laboriosas hormigas, empezaron á pasar de nuevo los días en los campos, trabajando á la intemperie desde la mañana á la noche, á lo largo de los surcos de la negra tierra que procura el pan á los hombres.

El año se presentaba bueno para los recién casados. Las cosechas no tuvieron contratiempos, no hubo heladas tardías, y los floridos manzanos dejaban caer sobre la hierba su rosada y blanca nieve, que prometía para el otoño una lluvia de frutos.

Cesáreo trabajaba sin descanso, levantándose temprano y acostándose tarde, á fin de ahorrar el coste de un criado.

—A la larga acabarás por ponerte malo—le decía á veces su mujer.

—¡Cal ya estoy acostumbrado—respondía.

Sin embargo, una noche volvió tan cansado, que tuvo que acostarse sin cenar. Al día siguiente se levantó á la hora ordinaria, pero no pudo comer á pesar de su ayuno de la víspera, y tuvo que volver á casa al mediodía para acostarse de nuevo. Por la noche empezó á toser y á dar vueltas sobre su jergón, febril, despidiéndole fuego la frente, con la boca seca y devorado por ardiente sed.

No dejó por esto de ir á sus tierras al amanecer; pero al otro día tuvo que llamar al médico, que le encontró muy enfermo, atacado de una fluxión de pecho.

Ya no volvió á dejar la obscura cueva que le servía de cuarto. Se le oía toser jadeante y removerse en el fondo de aquel agujero. Para verle, para darle las medicinas y ponerle las ventosas, era preciso encender una bujía. Y entonces se podía ver su escuálida cara, sombreada por su larga barba, debajo de una bóveda de telas de araña, que pendían y flotaban del techo removidas por el aire. Y las manos del enfermo parecían muertas sobre las sábanas grises.

Celeste le cuidaba con inquieta actividad, le hacía beber los remedios, le aplicaba los vegigatorios é iba y venía por la casa, mientras que el tío Amable permanecía junto á su granero, acechando de lejos el sombrío hueco donde agonizaba su hijo y sin aproximarse á él por odio á la mujer.

Seis días pasaron de este modo; al cabo de ellos,

una mañana, cuando Celeste, que dormía en el suelo sobre dos haces de paja, iba á ver si su hombre estaba mejor, no oyó ya su agitado aliento salir de la profunda cueva, y entonces, asustada, le preguntó:

—Cesáreo, ¿cómo has pasado la noche?

Pero él no le respondió.

Celeste tendió la mano para tocarlo y se encontró con la helada carne de su cara, lanzando entonces un grito, un prolongado grito de mujer asustada. Estaba muerto.

Al oír aquel grito, el viejo sordo apareció en lo alto de la escalera, y, aprovechando un momento en que Celeste salió para pedir auxilio, bajó á toda prisa, tentó á su vez la cara de su hijo y, comprendiendo lo ocurrido, se fué á cerrar la puerta por dentro, para impedir que la mujer entrase y tomase posesión de la casa, una vez que su hijo estaba muerto.

Luego se sentó en una silla al lado del difunto.

Los vecinos llegaban y llamaban á la puerta, pero él no los oyó. Uno de ellos rompió un vidrio de la ventana y penetró en la casa; le siguieron detrás otros; la puerta fué de nuevo abierta y Celeste volvió á presentarse anegada en llanto, con las mejillas encendidas y los ojos hinchados. Entonces el tío Amable, vencido, sin decir palabra, se volvió á su guarida.

Al día siguiente tuvo lugar el entierro, y, después de la ceremonia, el suegro y la nuera se encontraron solos en la casa con el niño.

Era la hora ordinaria de la comida, y Celeste encendió el fuego, cortó la sopa y puso los platos en la mesa, mientras que el anciano, sentado en una silla, esperaba, fingiendo no mirarla.

Cuando la comida estuvo dispuesta, la joven le gritó al oído:

—Vamos, padre, es preciso comer.

El sordo se levantó, tomó asiento al extremo de la mesa, vació su cazuela, mascó su pan untado con manteca, bebió sus dos vasos de sidra y se fué.

Hacía uno de esos días templados y bienhechores en que la vida palpita, fermenta y florece en toda la superficie del suelo.

El tío Amable seguía una sendilla á través de los campos y miraba los tiernos trigos y las primeras avenas pensando en que su hijo, su pobre hijo estaba ya bajo tierra. Iba con su pesado paso, arrastrando las piernas, cojeando, y, como estaba solo en la campiña, solo bajo el cielo azul, en medio de las crecientes cosechas, solo con las calandrias que se cernían sobre su cabeza aunque no oía su débil canto, se puso á llorar al mismo tiempo que caminaba.

Luego se sentó al lado de un pantano y permaneció allí hasta la noche, contemplando los pajarillos que iban á beber; después, cuando la noche se acercaba ya, se volvió á casa, cenó sin decir palabra y subió á su granero.

Y su vida continuó como antes. Nada había cambiado, á no ser que su hijo Cesáreo dormía en el cementerio.

¿Qué había de hacer el viejo? No podía trabajar y sólo servía para comer las sopas hechas por su nuera. Y las comía en silencio, mañana y noche, acechando con rencorosos ojos al pequeño que comía también enfrente de él, al otro extremo de la mesa. Después salía, rondaba por el pueblo como un vagabundo, iba á esconderse detrás de las granjas para dormir una hora ó dos, como si temiese ser visto y volvía á casa al obscurecer.

En esto empezaban á intrigar el ánimo de Celeste grandes preocupaciones. Las tierras necesitaban un hombre que las cuidara y las trabajase, era preciso que hubiese siempre alguno en el campo, pero no un jornalero, sino un verdadero labrador, un amo, que conociese el oficio y cuidase del cortijo. Una mujer sola no podía dirigir la labranza, averiguar el precio de los granos y ocuparse de la compra y venta del ganado. Entonces empezaron á ocurrírsele ciertas ideas, ideas sencillas, prácticas, acerca de las cuales reflexionaba todas las noches. No podía casarse hasta pasar un año y era preciso salvar en seguida comprometidos intereses, que no dejaban lugar á dilación.

Un solo hombre podía sacarla del apuro, Víctor Lecoq, el padre de su hijo, que era valiente y entendido en labranza y que, con un poco de dinero en el bolsillo hubiera sido un excelente labrador. Celeste sabía todo esto, porque le había visto trabajar en casa de sus padres.

Una mañana, pues, viéndole pasar por la carretera con un carro de estiércol, salió para hablar con

él. Cuando Víctor la vió, detuvo las bestias y entonces ella le dijo, como si lo hubiese visto la víspera:

—Buenos días, Víctor, ¿seguimos bien?

—Siempre igual ¿y usted?—le respondió.

—¡Oh! yo iría bien, si no estuviese sola en mi casa, lo cual me pone en grandes apuros, á causa de las tierras.

Entonces hablaron largo rato apoyados contra la rueda del carro. El hombre se rascaba á veces la frente por debajo de su gorra y reflexionaba, mientras que ella, con las mejillas encendidas, hablaba con ardor, exponía sus razones, sus combinaciones y sus proyectos, hasta que Víctor acabó diciendo:

—Bueno, es posible que me avenga.

Celeste abrió la mano, y presentándosela como suelen hacer los aldeanos para cerrar un trato, le preguntó:

—¿Convenido?

—Convenido—dijo él estrechándole la mano.

—¿Quedamos en que el domingo...?

—El domingo.

—Entonces, buenos días, Víctor.

—Buenos días, señora Houlbrequé.

III

Aquel domingo era la fiesta de la aldea, la fiesta anual de la patrona que se llama Asamblea en Normandía.

Hacia ocho días que se veía llegar por las carreteras con el paso lento de los rocines grises ó castaños, los coches de ferias que transportan á las familias ambulantes de los feriantes, loteros, dueños de escopetas de salón y de juegos diversos, ó expositores de curiosidades á los que los aldeanos llaman comunmente *titiriteros*.

Los sucios carros con flotantes cortinas, acompañados de un perro triste que va con las orejas gachas entre las ruedas, se habían detenido uno tras otro en la plaza del Ayuntamiento. Luego se había levantado una tienda delante de cada ambulante morada y en aquella tienda se veía por los agujeros de la tela relucir cosas que excitaban los deseos y la curiosidad de los muchachos.

Desde la mañana de la fiesta todas las barracas se habían abierto exponiendo sus esplendores de vidrio y de porcelana, y los aldeanos, al ir á misa, miraban ya con cándidos y satisfechos ojos aquellas modestas tiendas que solían ver todos los años.

Desde el mediodía acudió á la plaza una inmensa multitud. Llegaban de todas las aldeas vecinas los aldeanos, traqueteados con sus mujeres y sus hijos en los carruchos de dos ruedas que sonaban á hierro oscilando como básculas. Habían desenganchado sus vehículos en casa de algún amigo y los patios de los cortijos estaban llenos de extrañas galeras altas, empinadas, complicadas, semejantes á esos animales de largas patas del fondo de los mares.

Y cada familia, los pequeños delante y los grandes detrás, se iba á la *Asamblea* con tranquilo paso, sonriente cara y las manos abiertas, gruesas manos rojas, huesudas, acostumbrados al trabajo y que parecían no estar conformes con su reposo.

Un payaso tocaba el clarinete, el organillo del tío vivo lanzaba al aire sus agudas y chillonas notas, la rueda de las loterías daba vertiginosas vueltas chirriando, y de tiempo en tiempo se oían los disparos de escopeta. Y la pausada multitud pasaba muy despacio por delante de las barracas formando remolino de rebaño, con torpes movimientos de pesadas bestias sacadas á paseo.

Las muchachas cogidas del brazo en hileras de seis ú ocho cantaban canciones; los mozos las seguían bromeando con la gorra sobre una oreja y la

blusa tiesa aun por la goma, hinchada como un globo azul.

Todo el país estaba allí, amos, criados y criadas.

El mismo tío Amable, vestido con su vieja y verdosa chaqueta, había ido á ver la Asamblea, pues no faltaba nunca á ella.

Miraba las loterías, se detenía delante de los puestos de tiro para juzgar la habilidad de los tiradores y se interesaba sobre todo por un sencillo juego que consistía en meter una bola de madera en la boca abierta de un hombre pintado sobre una tabla.

De pronto le dieron un golpecito en el hombro; era el tío Malivoire que le gritó:

—¡Ehl compadre, le invito á tomar unas copas.

Y se sentaron ante la mesa de un puesto instalado al aire libre. Bebieron una copa, después otra y luego otra más y el tío Amable empezó á errar por la *Asamblea*. Sus ideas empezaban á oscurecerse, sonreía sin saber de qué, delante de las loterías, delante del tío vivo y sobre todo delante del juego del sacrificio, donde permaneció largo rato, encantado cuando algún jugador derribaba al gendarme ó al cura, dos autoridades á quienes temía por instinto. Después volvió á sentarse en el puesto y bebió un vaso de sidra para refrescarse. Como era ya tarde, pues la noche se acercaba, un vecino le advirtió:

—Compadre, va usted á llegar después del guisado.

Entonces se puso en marcha hacia el cortijo. Una tenue sombra, la suave sombra de las noches de primavera, iba lentamente cubriendo la tierra.

Cuando estuvo delante de su puerta, creyó ver por la ventana dos personas en la casa y entonces se detuvo muy sorprendido y entró luego viendo á Víctor Lecoq sentado á la mesa, ante un plato lleno de patatas, cenando precisamente en el mismo sitio que solía ocupar su hijo.

De pronto se volvió como para marcharse.

La noche había cerrado ya y Celeste, que se había levantado, le gritaba:

—Padre, dese prisa, que tenemos asado para celebrar la Asamblea.

Entonces obedeció por inercia y se sentó, mirando sucesivamente al hombre, á la mujer y al niño. Después se puso á comer muy despacio, como todos los días.

Víctor Lecoq parecía estar en su casa, hablaba de vez en cuando con Celeste, tomaba al niño sobre sus rodillas y lo besaba. Y Celeste volvía á llenarle el plato, le servía vino y parecía contenta hablándole. El tío Amable les miraba con fijeza sin oír lo que decían. Cuando hubo acabado de comer (y no comió gran cosa; tan angustiado se sentía el corazón) se levantó, y en vez de subir á su guarida como todas las noches, abrió la puerta del corral y salió al campo.

Cuando se hubo marchado, Celeste, algo inquieta, preguntó:

—¿Qué es lo que hace?

—No te apures,—le contestó Víctor con indiferencia,—ya volverá cuando esté cansado.

Entonces Celeste quitó la mesa y fregó los platos,

mientras que su hombre se desnudaba tranquilamente, metiéndose á poco en la obscura y profunda mazmorra en que ella había dormido con Cesáreo.

La puerta del corral volvió á abrirse y apareció por ella el tío Amable. Una vez dentro, miró por todas partes como perro que olfatea algo. Buscaba á Víctor Lecoq. Como no lo viese, tomó la luz de encima de la mesa y se aproximó al sombrío agujero en que había muerto su hijo. En el fondo vió acostado al hombre, que ya dormía. Entonces el sordo se volvió con lentitud, volvió á dejar su luz y salió de nuevo por el corral.

Celeste había acabado su faena, había acostado á su hijo, lo había ordenado todo y esperaba, para acostarse al lado de Víctor, á que su suegro volviese.

Estaba sentada en una silla con las manos cruzadas y la mirada vaga.

Como el viejo no llegase, murmuró con mal humor:

—Ese viejo holgazán nos hará gastar veinte céntimos de aceite.

—Hace ya más de una hora que está fuera,—respondió Víctor desde la cama,—habrá que mirar si está durmiendo en algún banco delante de la puerta.

—Ya voy yo—dijo Celeste levantándose.

Y en efecto, tomó la luz y salió haciendo una pantalla con la mano para poder distinguir los objetos en medio de la obscuridad de la noche.

No vió nada delante de la puerta, nada en el ban-

co, nada en el estercolero, donde el padre solía sentarse á veces.

Pero cuando iba ya á entrar levantó por casualidad los ojos hacia el gran manzano que daba sombra á la entrada del cortijo y vió de pronto dos pies de hombre que colgaban á la altura de su cara.

Entonces empezó á dar terribles gritos.

—¡Víctor! ¡Víctor! ¡Víctor!

El hombre acudió en camisa. Celeste no podía hablar, y, volviendo la cabeza para no ver, le indicaba el árbol con el brazo extendido.

Como Víctor no la comprendiese, tomó la luz para ver y entonces distinguió en medio del follaje al tío Amable, colgado de un ronzal.

Contra el tronco del manzano permanecía apoyada una escalera.

Víctor corrió á buscar una hoz, subió al árbol y cortó la cuerda; pero el viejo estaba ya frío y sacaba la lengua horriblemente, en una espantosa mueca.

FIN